

Recuerdos de José Victorino Lastarria

por MARINO MUÑOZ LAGOS

No es posible dejar inadvertida la fecha de la muerte de José Victorino Lastarria ocurrida el 14 de junio de 1888, el mismo año en que Rubén Darío daba a conocer en Valparaíso las frescas páginas de su "Azul.", impregnado con alas de sutiles nostalgias y arrancado a los álbumes con todo el fulgor y el fervor de una juventud risueña y avasallante. Eran los tiempos en que Eduardo de la Barra recataba para la gran poesía hispanoamericana la voz potente del gran bardo de Nicaragua, dando a conocer las luces y los perfiles de que iba a constituirse en padre del Modernismo.

En ese mismo año se apagaba la luz de José Victorino Lastarria quien, junto a tantos otros bien encomendados vaticinadores, promovió en Chile el Movimiento Literario de 1842, que fue cauce promotor y aglutinador de las opiniones ilustres de aquel tiempo. Nadie podrá olvidar sus palabras pronunciadas ante el público llamado por la Sociedad Literaria un lejano 3 de mayo de 1842, cuando sus queridos alumnos del Instituto Nacional escucharon al inspirado maestro en su lección de ética personal irreproachable: "Fuerza es que tenemos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad".

Lastarria nos señalaba un derrotero a sólo cuarenta años de 1810: un derrotero intelectual en que el hombre debía escoger el camino para su independencia en el discurso y en el pensar. Muchas de sus palabras de entonces tienen hoy plena vigencia, especialmente cuando expresa: "No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo".

José Victorino Lastarria había nacido el 22 de marzo de 1817 en la minera e histórica ciudad de Rancagua. Hizo sus estudios en el Instituto Nacional, donde más tarde fuera profesor, alumno de don José Joaquín de Mora, y luego, discípulo de don Andrés Bello, con quien compartiera las soñadores y sublimes jornadas de 1842. Como todo estudiante y profesional inquieto, derivó sus energías hacia el periodismo, colaborando entusiasta y efectivamente en: "El Nancho de la Guerra", "El Diabolo Político", "El Miliciano", "El Semanario de Santiago", "El Crepúsculo", "El Siglo" y "Revista de Santiago".

Lastarria era un hombre de carácter difícil. En su apasionada juventud fue un liberal progresista de amplio criterio de avanzada; en sus años de madurez, fue un pelotón ataviado de ministro o de diplomático, siempre en dificultades con sus nuevos colaboradores que le añoraban sus tiempos de romanticismo revolucionario que sólo resta-

ban en la tinta de sus impresos o en la fogosidad de algunos de sus discursos universitarios.

Alone (Hernán Díaz Arrieta), reúne con cierto descomedido acento estas impetuosidades de José Victorino Lastarria, y se las atribuye a su origen modesto. Alone no soporta su procedencia humilde, aunque le reconoce habilidad. El prurito de clase que aqueja a Alone es más poderoso que su objetividad de crítico, cuando escribe: "Lastarria tuvo la desgracia en un país pequeño de no pertenecer a las mejores familias. Esto ahora puede tolerarse y algunos ni lo sienten; pero entonces sólo había aire para pocos. Don José Victorino, inteligente, estudioso, precoz, sufría. Su familia, de Rancagua venida económicamente a menos, lo educó a costa de sacrificios y entre los doce y los quince años pudo recibir lecciones de Mora, el cáustico español, liberalizante. Cogido después en la órbita de Bello, reaccionó en su contra y fue el discípulo disidente que espía las fallos del profesor".

Sin embargo, dejemos estas intrigas sin mayores comentarios para referirnos a la magnífica labor realizada por el admirable inspirador del Movimiento Literario de 1842. Sus cuentos y novelas se constituyen en pilares de las bellas letras chilenas, como que son ellos los que inician una verdadera conmoción en nuestros parcos medios intelectuales. En su vasta calidad de escritor, algunos estudiosos lo consideran como el primer cuentista nacional y autor de muchas páginas de primera magnitud en las letras de aquellos tiempos. Los personajes reunidos en las obras de Lastarria forman una impresionante galería de tipos chilenos bien identificados en sus papeles protagónicos.

José Victorino Lastarria ocupó treinta y ocho años de su vida a la pasión de escribir. Y hay que tomar en cuenta que, fuera de su profesión de abogado, fue maestro, político militante, funcionario, parlamentario, ministro y diplomático y, como dato anecdótico, minero, con muy escasa fortuna en sus incursiones por tierras copiapinas.

Entre sus cuentos y novelas cabe señalar los siguientes títulos: "El mendigo", "El alférez Alonso Díaz de Guzmán y de Rosa", "Don Guillermo", "El diario de una loca", "Una hija" y "Salvad las apariencias". Este es un orden más o menos cronológico de sus publicaciones, que van desde el año 1843 hasta 1881. Empero, hay algo muy importante en la obra de Lastarria: es su "Discurso literario" (1842), en que insinúa la formación de un realismo americano para liberarse de la tutela literaria europea tan en boga en esos años, y que se perfila en sus cuentos y novelas publicados más tarde.

Y para terminar: todo lo hecho por José Victorino Lastarria fue un generoso aporte para la juventud de mediados del siglo pasado, y que él, con los sueños de su laboriosidad, hizo más amplia y venturosa en sus afanes.

Recuerdos de José Victorino Lastarria [artículo] Marino Muñoz Lagos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos de José Victorino Lastarria [artículo] Marino Muñoz Lagos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile